

QH 11
D 23
V 12

ES PROPIEDAD



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

3513.—Agustín Avrial, impresor, San Bernardo, 92.— Teléfono 3022.

VIAJE DE UN NATURALISTA

ALREDEDOR DEL MUNDO

TOMO II

CAPITULO XI

SUMARIO: Estrecho de Magallanes.—Puerto-Desolación.—Ascensión al monte Taru.—Bosques.—Setas comestibles.—Zoología.—Inmensa planta marina.—Salida de la Tierra del Fuego.—Clima.—Arboles frutales y producciones de las costas meridionales.—Altura de la línea de nieves perpetuas en la cordillera.—Descenso de los ventisqueros hacia el mar.—Formación de las montañas de hielo.—Acarreo de los bloques de piedra.—Clima y producciones de las islas antárticas.—Conservación de los cadáveres helados.—Recapitulación.

Estrecho de Magallanes.—Clima de las costas meridionales.

Durante la segunda quincena del mes de Mayo de 1834 penetramos por segunda vez en la boca oriental del estrecho de Magallanes. En ambas costas de esta parte del estrecho consiste el país en llanuras casi del mismo nivel, muy semejantes á las de la Patagonia. El cabo Negro, que se halla un poco al interior de la segunda parte, más estrecha, puede considerarse como el punto en que comienza el terreno á tomar los caracteres distintivos de la Tierra del Fuego. En la costa occidental y al Sur del estrecho hay

un terreno que parece un parque y une entre sí estos dos países, cuyos caracteres son diametralmente opuestos, hasta el punto de sorprender tan radical cambio de paisaje en un espacio de 20 millas. Si examinamos una distancia algo mayor, como de 60 millas, entre Puerto-Desolación y la bahía de Gregory, por ejemplo, resulta la diferencia todavía más extraña. En Puerto-Desolación se encuentran montañas redondeadas cubiertas de bosques impenetrables anegados por la lluvia, originada por una sucesión no interrumpida de tempestades; en el cabo Gregory, por el contrario, un magnífico cielo azul, y una atmósfera muy clara se dilatan sobre secas y estériles llanuras. Las corrientes atmosféricas, aunque rápidas y turbulentas, por más que no parezcan detenidas por ninguna barrera, se las ve seguir una vía determinada y regular, como un río en su lecho.

Durante nuestra anterior visita (en Enero) habíamos tenido una entrevista, en el cabo Gregory, con los famosos gigantes patagones, que nos recibieron con gran cordialidad. Sus grandes abrigo de piel de guanaco, sus largos cabellos flotantes, su aspecto general, los hacen parecer más altos de lo que realmente son. Por término medio vienen á tener seis pies, aunque algunos son más altos; los más pequeños son pocos; las mujeres son también muy altas; en suma, esta es la raza más corpulenta que en mi vida he visto. Sus facciones se parecen mucho á las de los indios que he visto en el Norte con Rosas; sin embargo, tienen un aspecto más salvaje y más formidable, se pintan la cara con rojo y negro, y uno de ellos estaba cubierto de rayas y puntos blancos como un fueguense. Les ofreció el capitán Fitz-Roy llevar á dos ó tres de ellos á bordo del *Beagle*, y todos querían ir. Por esto

tardamos algún tiempo en abandonar la costa; al fin llegamos á bordo con nuestros tres gigantes, que comieron con el capitán y se condujeron como unos verdaderos caballeros. Sabían servirse de los cuchillos y los tenedores y cucharas; el azúcar les gustaba mucho. Ha tenido esta tribu tan frecuente ocasión de comunicarse con los balleneros, que la mayor parte de los individuos que la componen saben algo de inglés y de español; están medio civilizados, y su desmoralización es proporcional á su civilización.

Al día siguiente bajó á tierra una numerosa escuadra para comprarles pieles; no quisieron armas de fuego, sino que lo que más solicitaban era tabaco con preferencia á las hachas y herramientas. Toda la población de los toldos, hombres, mujeres y niños, se colocó en una altura del terreno; lo que constituía un espectáculo interesante, no pudiendo por menos de sentirse atraído hacia los llamados gigantes, tan confiados, tan agradable, y de tan buen humor. Al despedirnos nos rogaron que volviésemos á visitarlos. Les agrada mucho tener consigo algunos europeos, y la vieja María, una de las mujeres más influyentes de la tribu, suplicó á Mr. Lowe que permitiera á uno de los marineros quedarse allí con ellos. La mayor parte del año la pasan aquí, pero en verano se van á cazar al pie de la Cordillera y á veces suben hacia el Norte hasta el río Negro, á distancia de 750 millas (1.200 kilómetros). Tienen muchos caballos; según Lowe, cada hombre tiene cinco ó seis, y hasta las mujeres y los niños tienen cada uno el suyo. En tiempos de Sarmiento (1580) estaban estos indios armados de arcos y flechas que desde hace mucho tiempo han desaparecido; también entonces tenían algunos caballos. Hay un hecho curioso que prueba la rapidez con

que se multiplican estos animales en la América del Sur. Se desembarcaron los primeros caballos en Buenos Aires en 1537; abandonada esta colonia por algún tiempo, recobraron los caballos el estado salvaje, y sólo cuarenta y tres años después, en 1580, se les encuentra ya en las costas del estrecho de Magallanes! Me ha contado Mr. Lowe que una tribu vecina de indios que hasta ahora no ha usado el caballo, comienza á conocer este animal y á apreciarlo; la tribu que habita los alrededores de la bahía de Gregory le da sus caballos viejos, todos los inviernos, y unos cuantos hombres de los más peritos en su manejo, para ayudarles en sus cacerías.

1.º de Junio.—Echamos el ancha en la hermosa bahía donde se halla el Puerto-Desolación. Comienza el invierno y nunca he visto paisaje más triste y sombrío. El follaje del bosque es tan oscuro, que parece negro, y lo que no está negro blanquea por la nieve que lo cubre, distinguiéndose sólo confusamente á través de una atmósfera brumosa y fría. Por fortuna nuestra hace un tiempo magnífico dos días seguidos. En uno de estos presenta un soberbio espectáculo el monte Sarmiento, montaña bastante distante y que se eleva á 6.800 pies. Una de las cosas que más me han sorprendido en la Tierra del Fuego es la escasa elevación aparente de las montañas realmente muy altas. Creo que esta ilusión proviene de una causa que á primera vista no se sospecha, y es, que toda la masa, desde la orilla del mar hasta el vértice, se presenta á la vista. Recuerdo haber visto una montaña desde las orillas del canal del Beagle: y en aquel punto abarcaba la vista de un sólo golpe toda la montaña desde la base al vértice; he vuelto á verla después, pero desde el estrecho de Ponsonby, y entonces

dominando otras cadenas; pues bien, me pareció infinitamente más alta, porque las cadenas intermedias me permitían mejor apreciar su elevación.

Antes de llegar á Puerto-Desolación vimos á dos hombres que corrían á lo largo de la costa anhelando alcanzar nuestro barco. Se envía una canoa para recogerlos, y resultan ser dos marineros que han desertado de un ballenero y han estado viviendo con los patagones. Los han tratado estos indios con su acostumbrada benevolencia, y separados de ellos accidentalmente se dirigían á Puerto-Desolación, con la esperanza de encontrar allí un barco cualquiera. Es indudable que se trataba de abominables vagabundos, pero no he visto nunca hombres de aspecto más miserable. Desde hacía algunos días no habían tenido otro alimento que algunos moluscos y bayas silvestres; sus vestidos, verdaderos andrajos, estaban, además, quemados por varios sitios, por haberse acostado demasiado cerca del fuego. Llevaban algunos días de hallarse expuestos á la lluvia, al granizo y la nieve, y, sin embargo, disfrutaban buena salud.

Durante nuestra estancia en Puerto-Desolación vinieron los fueguenses á molestarnos por dos veces. Habíamos desembarcado gran cantidad de herramientas y ropas, y teníamos algunos hombres en tierra; por lo cual creyó el capitán que convenía mantener á los salvajes á distancia. La primera vez se dispararon algunos tiros al aire, cuando estaban bastante lejos y de modo que no se les alcanzase. Era muy curioso observar con los anteojos la conducta de los indios en tales momentos. A cada bala que caía en el suelo recogían piedras para tirarlas contra el barco, que estaría á milla y media de distancia. Mandóse luego una chalupa con orden de aproximarse y hacer algunas

descargas de mosquetería cerca de ellos. Se ocultaron entonces detrás de los árboles, y tras de cada descarga disparaban ellos sus flechas, que no podían llegar hasta la chalupa, como por señas, y riéndose, lo hacía observar el oficial que la mandaba. Se encolerizaron tanto entonces, que sacudían con rabia los abrigos; pero no tardaron en comprender que las balas alcanzaban á los árboles por encima de sus cabezas y escaparon. Desde ese día nos dejaron en paz y no trataron de aproximarse á nosotros. En este mismo punto, y durante el viaje anterior del *Beagle*, habían molestado mucho los salvajes; para asustarlos se lanzó un cohete sobre sus chozas, y el éxito fué completo: uno de los oficiales me contó el extraño contraste que se produjo entre el clamoreo inmenso mezclado con los ladridos de los perros, mientras el cohete brillaba por el aire, y el profundo silencio que siguió uno ó dos minutos después. A la mañana siguiente no había un solo fueguense por aquellos alrededores.

Durante nuestra estancia, en el mes de febrero, salí una mañana á las cuatro para hacer la ascensión al monte Taru, que alcanza unos 2.600 pies de altura y es el punto culminante de aquellos lugares. Fuimos en lancha hasta el pie de la montaña, pero no habíamos elegido por desgracia el mejor sitio para la ascensión y comenzamos á trepar. El bosque empieza en el punto en que se detienen las mareas altas. Después de dos horas de esfuerzos empiezo á desesperar de llegar á la cima. De tal manera espeso es el monte, que tenemos que consultar la brújula á cada paso, pues, aun cuando nos encontramos en un lugar montañoso, apenas podemos percibir ningún objeto. En los barrancos profundos, mortales escenas de desolación inenarrables; fuera de los barrancos soplan vientos tempes-

tuosos; en el fondo, ni un soplo de aire que haga temblar las hojas, por muy altos que sean los árboles. En todas partes el suelo frío, tan sombrío y tan húmedo, que ni musgos, ni helechos, ni hongos pueden crecer. En los valles, apenas podíamos avanzar, ni aun arrastrándonos, por lo que obstruían el paso por todas partes los muchos troncos inmensos de árboles podridos, diseminados en todas direcciones. Al atravesar estos puentes naturales, nos encontramos de improviso detenidos, porque nos hundimos hasta las rodillas en la madera podrida. Otras veces nos apoyábamos en lo que nos parecía un árbol magnífico, y veíamos sorprendidos que no era más que una masa de putrilago dispuesta á caer al primer contacto. Por fin llegamos á la región de los árboles achaparrados, y pronto ganamos la parte desnuda de la montaña y subimos á la cumbre. Desde este punto se extiende á nuestra vista un paisaje con todos los caracteres de la Tierra del Fuego: cadenas de colinas irregulares, aquí y allí masas de nieve, profundos valles verdemarillentos y brazos de mar que cortan las tierras en todas direcciones. El viento es fortísimo y horriblemente frío y la atmósfera brumosa; por lo cual permanecemos poco tiempo en aquella altura. La bajada es menos laboriosa que la subida, porque el peso mismo del cuerpo abre paso, y los resbalones y caídas que damos nos llevan, al menos, en la dirección conveniente.

Ya he hablado del carácter sombrío y triste que presentan estas selvas, formadas de árboles siempre verdes, y en las cuales crecen dos ó tres especies con exclusión de toda otra. En medio del bosque crecen un gran número de plantas alpestres muy pequeñas, que salen todas de la masa de turba y ayudan á formarla.

Estas plantas son muy notables por lo mucho que se parecen á las especies que crecen en las montañas de Europa á pesar de los muchos miles de millas de distancia á que se hallan. La parte central de la Tierra del Fuego donde se encuentra la formación de arcilla esquistosa, es la más favorable para el crecimiento de los árboles; por el contrario, hacia la costa no alcanzan casi nunca el grueso y proporciones completos, porque el suelo granítico es más pobre y se hallan expuestos á vientos más violentos. Cerca de Puerto-Desolación he visto más árboles grandes que en ninguna otra parte: he medido un haya que tenía cuatro pies y seis pulgadas de circunferencia; habiéndolas, además, hasta de 13 pies. El capitán King habla también de un haya que tenía siete pies de diámetro y 17 por encima de las raíces.

Hay una producción vegetal que merece ser señalada por su importancia como alimento. Es una seta globulosa, de color amarillo claro, que crece en gran número sobre las hayas. Cuando verde es elástica, redondeada y de superficie lisa; pero al madurar se arruga, toma más consistencia y toda su superficie se riza y talla de huequecillos profundos. Esta seta pertenece á un género nuevo y curioso (1); otra especie he encontrado en una especie distinta de haya en Chile; y me dice el doctor Hooker que acaba de encontrarse una tercera especie en otra tercera especie de haya en la tierra de Van-Diemen. ¡Qué extraño parentesco entre los hongos parásitos y los árboles sobre que cre-

(1) Mediante ejemplares y notas mías ha sido descrita por el Reverendo J. M. Berkeley, en las *Linnean Transactions*, vol. XIX, pág. 37, bajo el nombre de *Cyttaria Darwinii*: la especie chilena ha sido llamada *C. Berteroii*. Este género está unido al género *Bulgaria*.

cen en partes del mundo tan distantes! En la Tierra del Fuego las mujeres y los niños recogen estas setas en grandes cantidades cuando están maduras, y las comen los indígenas sin cocerlas. Tienen un sabor mucilaginoso azucarado, y un aroma que se parece algo al de las nuestras. Fuera de algunas bayas, procedentes en su mayor parte de un arbusto enano, no comen los indígenas otro vegetal más que esta seta. Antes de la introducción de la patata comían en Nueva-Zelanda las raíces del helecho; la Tierra del Fuego es hoy, creo, el único país del mundo en que sirve de artículo alimenticio en grande escala una planta criptógama.

Como podía esperarse de la naturaleza del clima y de la vegetación, la zoología de la Tierra del Fuego es pobre. Entre los mamíferos se encuentran, además de la ballena y la foca, un murciélago, especie de ratón (*Reithrodon chinchilloides*), dos verdaderos ratones, un ctenomys, muy inmediato ó idéntico al tucutuco, dos zorros (*Canis Megellanicus* y *C. Azaræ*), una nutria de mar, el guanaco y un gamo. La mayor parte de estos animales no habitan más que en la parte oriental, la más seca del país, y nunca se ha visto al gamo al Sur del estrecho de Magallanes. Cuando se observa la semejanza general de los acantilados formados de grés blando, de lodo y de guijarros en las costas opuestas del estrecho, inducen á creer que en otro tiempo han debido ser estas tierras una sola; y esto explica la presencia de animales tan delicados y tan tímidos como el tucutuco y el reithrodon. La semejanza de los acantilados no prueba, en realidad, la unión anterior, puesto que, en efecto, se forman de ordinario por la intersección de capas que antes del levantamiento de las tierras se han acumulado cerca de las costas existentes entonces; pero hay, sin embargo, una notable